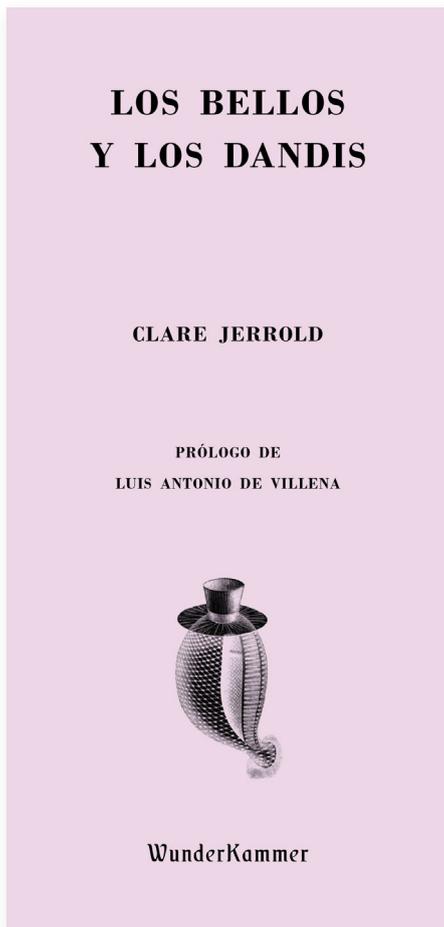


WunderKammer

NOTA DE PRENSA

CLARE JERROLD
LOS BELLOS Y LOS DANDIS

— PRÓLOGO DE LUIS ANTONIO
DE VILLENA
— Lanzamiento: 14 de mayo de 2018



Jerrold, Clare
Los bellos y los dandis
Traducción: Miguel Cisneros Perales
Formato: 10 x 21 cm
416 páginas
PVP: 23,50 euros
ISBN: 978-84-945879-7-9

La figura del dandi ha trascendido el contexto en que surgió para convertirse en un mito moderno que no deja de fascinarnos. Prescriptores tempranos de modas y modales, su leyenda ha perdurado desde la Corte inglesa del siglo XVII hasta hoy. Clare Jerrold, ensayista especializada en la vida de la reina Victoria, escribió en 1910 esta deliciosa crónica histórica y social de los dandis ingleses en todas sus manifestaciones (macaronis, bucks, beaux...). Con un tono ameno, salpicado de humor inglés, las páginas de este texto nos presentan a los grandes dandis —como Brummel, Nash y d’Orsay—, y nos invitan a asistir a los clubs londinenses que frecuentaban para conocer de primera mano sus gustos en vestimenta, peluquería, gastronomía, amores y frases ingeniosas. Un texto extraordinario, divertido y de gran valor histórico, imprescindible para todo amante del estilismo en un sentido amplio y, por supuesto, de todo dandi que se precie.

«Una vez más te pregunto, ¿no fuiste durante cierto periodo de tu vida un chulo, o un calavera, o un macaroni, o un increíble, o un dandi, o como fuera que se llamase a tal fenómeno según la época o el lugar? En esa sola palabra yacen misterios insondables.»
—*Sartor Resartus*, Thomas Carlyle

WK

LOS PRIMEROS *BEAUX*

«La historia de los *bellos* comienza de verdad con la Restauración, porque tras la vuelta de la monarquía fue cuando el rey Carlos reunió a su alrededor a hombres tan superficiales e inconsiderados como él mismo. Algunos le habían acompañado en sus viajes y andanzas, compartiendo su buena y mala fortuna; otros se le armaron con la esperanza de obtener tierras, altos cargos y riqueza; otros, como siempre, vinieron atraídos por estos últimos, convirtiéndose en sus satélites, tal y como aquellos, a su vez, eran los satélites del rey. Estos jóvenes vivieron en una época en la que los terciopelos, las sedas, los lazos y las joyas pertenecían tanto a ellos como a las mujeres, y voluntariamente habrían vivido para siempre en la oscuridad si se hubieran visto desprovistos de sus hermosos vestidos. “La ropa, desde el manto del rey hacia abajo, es un símbolo, no solo de la necesidad, sino de la Victoria, conseguida con mucha astucia, sobre la Necesidad”. De hecho, estos hombres habrían vendido su último acre de tierra y su único techo con tal de que su armario no quedase desfasado, y muchos de ellos sin duda vendieron mucho más que eso, ya que vendieron la felicidad de sus familias y la estabilidad de sus trabajadores.»

PELUCAS GLORIOSAS

«Carlos II puso de moda en Inglaterra la voluminosa peluca francesa, cuyos gruesos rizos caían sobre el pecho y la espalda, y, con ella, también trajo delicados peines para su uso público. Cuando Cibber interpretó a sir Fopling Flutter, su peluca era tan admirada que tenía que sacarla a las candilejas del escenario

cada noche en una silla de manos, desde la que se le ayudaba a ponérsela sobre la cabeza. Wycherley, el dramaturgo, puso su nombre a un conjunto de peines de carey bellamente esculpidos con los que los *bellos* se peinaban los rizos mientras conversaban con las damas, del mismo modo en el que un hombre se retuerce los bigotes.»

CÓMO SE VISTE UN DANDI

«Con vestido de gala, Bolingbroke tenía un porte magnífico, pues, aunque los galanes consideraban las cintas pasadas de moda, todavía se permitían muchas fruslerías. Imagínadlo, pues, con la peluca larga, sobresaliendo por encima de su frente, con la raya en medio, o no, y cayendo por su espalda hasta debajo de la cintura; con su sombrero adornado con galones y encajes de oro, ladeado sobre la peluca; y con su traje completo, con los faldones casi hasta las rodillas, de color burdeos, aunque en algunas ocasiones fueran rosas o púrpuras. Además, su traje era una prenda maravillosamente ornamentada. Por un borde del largo de la chaqueta tenía un hilera con muchísimos ojales que se abrochaban con los botones, enjoyados o dorados, que estaban cosidos a la solapa opuesta, y todos estaban rodeados de encajes de oro o plata, que también cubrían las largas costuras y los bolsillos. Los enormes puños iban vueltos sobre las mangas adornadas de suntuosos encajes o de volantes de camisa que colgaban de sus manos. Sus medias de seda de color azul (a veces escarlata) le llegaban hasta muy por encima de la rodilla, casi ocultando las calzas cortas; y también llevaba un largo chaleco con bolsillos con solapa siempre del color más alegre posible. Llevaba jarreteras



por debajo de la rodilla acabadas en oro y con galones también dorados; calzaba zapatos con hebillas cuadradas y a medida, con una gran lengüeta que le cubría todo el empeine y alcanzaba hasta la parte delantera del tobillo y (signo de dandismo extremo) sus talones eran de color rojo brillante. Su largo pañuelo de cuello estaba adornado con encajes y lo llevaba anudado, sin apretar, alrededor de su garganta; no llevaba cinturón para la espada, que asomaba con timidez de entre los faldones de su abrigo. Nunca salía sin su caja de rapé, sin su monóculo y sin su bastón ceñido al cinto.»

EL LEGENDARIO CLUB WHITE

«En 1811, tras algunas obras estructurales, se construyó en el White, sobre la entrada, el famoso boínder o vidriera abalconada. Tan pronto como el último obrero hubo salido del lugar, Brummell tomó posesión de la ventana; allí, él y su séquito se ordenaron los grandes sacerdotes de la moda y “el boínder” se convirtió en toda una institución en el mundo de la moda. Solo los que formaban el núcleo duro del club se sentaban allí y un frecuentador ordinario del White tenía más posibilidades de sentarse en un escaño de la Cámara de los Lores que en un asiento de aquella ventana. Todo el mundo que estaba allí prestaba mucha atención a los transeúntes y pronto se convirtió en una seria cuestión si debían hacerse saludos o no desde el ventanal. Después de una agria discusión, se decidió que bajo ningún concepto se saludaría desde cualquier ventana del club a los que estuvieran en la calle. Pero esta regla no siempre se cumplió estrictamente, puesto que sabemos que a la llegada de la reina a Londres el 7 de junio de

1820, mientras su carruaje bajaba por St. James’s, al pasar frente al White, ella se inclinó y sonrió a los hombres que estaban en la ventana.»

LOS MACARONIS APUESTAN EN EL ALMACK

«Los miembros más jóvenes del nuevo club se constituyeron en una hermandad llamada los macaronis, y el nombre, según parece, lo adoptaron justo después de que se empezaran a importar macarrones desde Italia, utilizándose por primera vez en el Almack. Los miembros se distinguían por la elegancia de su vestimenta y de sus modales, adquiridos ambos en el extranjero, ya que la condición de entrada en la orden era que el solicitante hubiera viajado.»

«Tenían un club llamado Almack, en Pall Mall, donde solo se apostaba con rollos de monedas de 50 libras el rollo y, por lo general, en las mesas solía haber unas 10.000 libras en efectivo. Lord Holland llegó a pagar más de 20.000 libras por sus dos hijos. También son dignas de mención las costumbres de los jugadores, o incluso sus ropas de apostar. Comenzaron desprendiéndose de sus ropas bordadas y se vistieron con grandes gabanes de frisa, o dieron la vuelta a sus abrigos por superstición. Empezaron a vestir prendas de cuero (tal y como las llevan los criados cuando limpian cuchillos) para proteger sus volantes de encaje; y para proteger sus ojos de la luz y para evitar que se les cayera el pelo, empezaron a llevar sombreros de paja de copa alta y ala ancha, adornados con flores y cintas; y máscaras para ocultar sus emociones cuando jugaban al Quince.»

(Textos extraídos del libro).

